

una realidad de la existen muestras de tanta gravedad como, por citar un solo ejemplo, la explosión del fenómeno de la malnutrición en Europa²³⁷.

Para abordar el trasfondo de esta situación es necesario ir a la cuestión de las fuerzas productivas, que ha sido formulada en el apartado 1.2 del capítulo segundo, conjuntamente con la cuestión de las relaciones de producción, a la que está indisolublemente ligada. En efecto, sostener la posibilidad de un redespiegue capitalista que permita resolver los graves problemas existentes hoy, es imprescindible sostener asimismo la posibilidad teórica de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. La defensa más sustantiva de esta posibilidad es la que la formula de una manera genérica, planteando un supuesto comportamiento cíclico de la acumulación capitalista en el largo plazo que, por tanto, mantendría permanentemente abierta la posibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas.

El objetivo de este apartado es plantear el marco de análisis de las perspectivas de la economía capitalista mundial. Para ello, en primer lugar se rebate teórica y empíricamente el concepto de “ciclos largos” para definir la trayectoria del capitalismo. En segundo lugar, se aborda la cuestión de las fuerzas productivas en la actualidad, partiendo de su contenido teórico como una categoría económica, social y política, para culminar constatando que no sólo es que cada vez se encuentren más bloqueadas, sino que, de hecho, se están produciendo procesos destructivos de ellas que cada vez son más amplios y sistemáticos.

4.3.1. Las teorías de los “ciclos largos”: incompatibles con el método marxista, incompatibles con la constatación empírica

En el plano del debate tanto económico como político, ciertos teóricos así como organizaciones y dirigentes de ellas responden afirmativamente a la pregunta de si la trayectoria del capitalismo en el largo plazo obedece a un patrón de comportamiento cíclico, es decir, de acuerdo a ondas ascendentes y descendentes. Son las teorías de los “ciclos largos” (también denominados “ondas largas”). Este planteamiento ha alcanzado cierto eco, sin duda influido por la visión “optimista” que aporta la noción de “ciclo de largo plazo”, para defender que efectivamente la acumulación capitalista tiene posibilidad de redespigarse nuevamente de forma expansiva.

Sin embargo, a la luz de los acontecimientos de los últimos ya más de cuarenta años, toda pretensión de seguir defendiendo esa supuesta trayectoria cíclica, queda zanjada por la vía empírica, dada su incompatibilidad con la evolución efectiva en este largo período reciente. En efecto, el período que se inicia en torno a 1970, que por tanto se encamina ya al medio siglo, en absoluto ha contenido fase alguna merecedora de ser calificada de expansión si, como ya se ha señalado, simplemente se exige el requisito de que haya un crecimiento generalizado,

237. “El año pasado, se calcula que el 10% de los alumnos griegos de educación primaria y media padecían lo que los profesionales de la salud pública denominan ‘inseguridad alimentaria’, es decir, que pasaban hambre o corrían peligro de pasarla, dice la doctora (...) Grecia ha caído al nivel de algunos países africanos” (El País, 13 de abril de 2013, citando a Athena Linos, profesora en la Facultad de Medicina de la Universidad de Atenas y directora de un programa de ayuda alimentaria en Prolepsis, una ONG de salud pública). “Un informe elaborado por UNICEF en 2012 mostraba que, entre las familias con niños más pobres de Grecia, más del 26% tenían una ‘dieta pobre por motivos económicos’”. (El País, 18 de abril de 2013). En el caso español, la tasa de riesgo de pobreza se eleva en 2011 al 33,8% en Canarias, al 31,9% en Extremadura y al 31,7% en Andalucía y Castilla-La Mancha. Para el conjunto español, la tasa de riesgo de pobreza o exclusión social afecta al 29,9% de la población menor de 16 años (INE, Encuesta de condiciones de vida; disponible en www.ine.es/jaxi/tabla.do?path=/t25/p453/provi/10/&file=01002.px&type=pcaxis&L=0).

al menos a las economías más avanzadas, y sostenido en el tiempo más allá del corto plazo (y esto por hablar solamente de crecimiento, ya que más adelante se va a incorporar la categoría de fuerzas productivas necesaria para una visión completa de la cuestión).

La puesta de largo de estas teorías de los “ciclos largos” se produce con la formulación de Nikolái Kondrátiev, en 1926 con la publicación en alemán de su obra *Die langen Wellen der Konjunktur* (“Las ondas largas de la coyuntura”)²³⁸:

La dinámica de la vida económica en el orden social capitalista no es de carácter simple y lineal, sino complejo y cíclico (...) [Junto a los ciclos medios de siete a once años y de otros más cortos, de tres a cinco años], existe, además, bastante fundamento para suponer que, en la economía capitalista, hay también ciclos largos, cuya duración media es de cincuenta años (...). Al afirmar la existencia de ciclos largos y negar que éstos sean de origen accidental, creemos, al mismo tiempo, que nacen de causas radicales en la esencia de la economía capitalista (Kondrátiev, 1926 en VVAA, 1979: 33 y 66).

La trascendencia de esta cuestión de los “ciclos largos” se debe a que está conectada directamente con la posibilidad permanente de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas en el marco del modo de producción capitalista. Por tanto está conectada con los límites históricos del capitalismo y supone implicaciones políticas muy profundas. Ahora bien, entrando en su contenido, hay que recalcar que la noción misma de ciclos de largo plazo, choca, inevitablemente, con el fundamento mismo de la reproducción económica que, como se ha explicado en el primer capítulo, tiene un carácter social y por tanto histórico. En efecto, para que un proceso pueda ser definido como cíclico han de concurrir dos elementos: regularidad en sus oscilaciones (al menos relativamente) y cierto automatismo en su materialización. A la luz de todo lo expuesto a lo largo de este libro, tanto teórica como empíricamente, salta a la vista la incompatibilidad entre tal formulación de “ciclos de largo plazo” y el análisis marxista de la trayectoria del capitalismo. Choca en particular con la ley con la que culmina *El Capital*,

238. Kondratieff, Nicolái D. (1926); “Die langen Wellen der Konjunktur”, *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 56, nº 3, págs. 573-609. Posteriormente fue publicada en inglés, en noviembre de 1935, bajo el título de “The Long Waves in Economic Life” en *The Review of Economic Statistics*, vol. XVII, nº 6. Y nueve años después en castellano como “Los grandes ciclos de la vida económica”, en Urquidí, Víctor L., dir. (1944); *Ensayos sobre el ciclo económico*, FCE, México. En 1979 se publica con el título de “Los ciclos económicos largos” en una obra muy clarificadora del debate porque recopila asimismo otros textos que nutren la controversia al respecto. Son los siguientes: “La curva del desarrollo capitalista” de Trotsky (1923); “La teoría de los ciclos largos de Kondratieff”, de George Garvy (1943); “Las ondas largas en la historia del capitalismo” de Ernest Mandel (1972, en “El capitalismo tardío”, que en 1964 este mismo autor había llamado “Neocapitalismo”) y “La teoría de los grandes ciclos: Kondratieff, Trotsky y Mandel” de Richard B. Day (1977). Day explica que Kondrátiev ya había apuntado el tema cuatro años antes en: Kondratieff, Nicolái D. (1922); *Mirovoe khozyaistvo i ego konjunktury vo vremya i posle voyny*, Vologda (“La economía mundial y sus coyunturas durante y después de la guerra”). Schumpeter es otro autor relevante en esta materia. Véase Schumpeter, J.A. (1939); *Business Cycles, A Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, McGraw-Hill, Nueva York. Volviendo a Kondrátiev, en su texto de 1926 señala que llegó a la conclusión de la existencia de ciclos largos en los años 1919-1921; conclusión que efectivamente formuló en algunos textos previos, en 1922 y 1925, en particular en publicaciones del moscovita Instituto para la Investigación de la Coyuntura, fundado por él mismo en 1920. Kondrátiev había sido eserista (del partido campesino socialista revolucionario) y como tal había participado como ministro en el gobierno provisional de Kerenski. Durante los años veinte y bajo el gobierno bolchevique, responsables políticos y teóricos opuestos al bolchevismo, como Kondrátiev, siguieron trabajando en organismos estatales en lugares muy relevantes, hasta que Stalin y su camarilla tomaron el control omnímodo del partido y del Estado. En el marco de las detenciones y purgas de los sectores partidarios de las tesis de Bujarin, entre los que se encontraba el propio Kondrátiev, éste fue detenido en 1930 y posteriormente ejecutado en 1938, en la gran ola de represión que sucedió al asesinato de Kírov.

del descenso tendencial de la tasa de ganancia, y choca asimismo con la caracterización del imperialismo como fase suprema del capitalismo.

No se trata de determinismo económico, sino justo al contrario, de la necesaria consideración conjunta, pero no caótica o casual, de los factores que determinan el desarrollo social, en los que el “factor económico” sí desempeña un papel decisivo, pero sólo en última instancia. Así lo explicaba Trotsky en 1926, en relación con esta misma cuestión:

La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que el mercado ha surgido a la existencia. Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratiev sugiere, infundadamente, el uso del término “ciclos”, debemos destacar que el carácter y duración están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista. La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden “superestructural” tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el reemplazo de las épocas ascendentes estancadas o declinantes del desarrollo capitalista (Trotsky, 1926 en VVAA, 1979: 91).

Por otra parte, desde el punto de vista empírico, la crítica de Georges Garvy en 1943 es suficientemente clara y, desde la perspectiva actual, queda aún más plenamente refrendada:

El examen del trabajo estadístico de Kondratieff nos lleva a la conclusión de que no logra demostrar la existencia de “ciclos largos en la vida económica” (...) Nuestro análisis muestra que no está probada la existencia de las oscilaciones largas en las series de producción estudiadas por Kondratieff; que los datos de los cuatro mayores países capitalistas y las dos series de amplitud mundial cubren solamente un ciclo; que, consiguientemente, ni el carácter internacional del fenómeno ni su repetición a intervalos de ritmo regulares pueden afirmarse a base del material presentado. La teoría ofrecida por Kondratieff para explicar la repetición cíclica de las oscilaciones largas no tiene fundamentación empírica (...) (Garvy, 1943, en VVAA, 1979: 138-139).

Esto no significa en absoluto, obviamente, que el análisis del capitalismo desde una perspectiva de largo plazo carezca de interés, todo lo contrario:

Aunque la hipótesis de las oscilaciones cíclicas de larga duración, sobre las que se superponen movimientos cíclicos más cortos, debe ser descartada, la idea de que la economía capitalista ha pasado por varias etapas sucesivas de desenvolvimiento, caracterizadas por diferentes ritmos de crecimiento y expansión geográfica, merece atención. El análisis actual ganaría, probablemente, en precisión y significado si se basara sobre una distinción mejor articulada entre las diferentes fases de la economía capitalista. La “curva de la evolución capitalista” sería un cuadro más complicado que una simple curva y, ciertamente, más irregular que los ciclos largos de Kondratieff. Sustituiríamos la hipótesis de

las oscilaciones periódicas largas por el estudio de las sucesivas etapas de nuestro actual sistema económico, de su creciente alcance geográfico y de sus cambiantes relaciones con las esferas no capitalistas. Esto nos alejaría de la construcción de modelos abstractos de secuencias temporales, llevándonos al estudio de la dinámica efectiva de nuestro sistema económico (Garvy, 1943, en VVAA, 1979: 140-141).

Aunque se ha formulado el debate en términos de “ciclos”, su contenido esencial no se modifica por denominarlo con otra expresión y, en particular, con la de “ondas”, que es el término que utiliza por ejemplo Ernest Mandel (y el que había utilizado originalmente el propio Kondratiev):

La historia internacional del capitalismo aparece así no sólo como una sucesión de ciclos industriales distribuidos cada siete o diez años, sino también como una sucesión de períodos más largos, de alrededor de cincuenta años. Hemos conocido cuatro, hasta el presente (...) Es evidente que estas “ondas largas” no se producen de forma mecánica, sino que funcionan a través de la articulación del ciclo industrial “clásico” (...) Una sucesión tal, de al menos cinco “ondas largas”, no puede ser atribuida ni al azar ni al solo juego de los factores exógenos (Mandel 1972, en VVAA, 1979: 158, 161 y 183).

Mandel adopta una perspectiva “eclectica”, como la define Gill (1996: 558) respecto a su explicación de las crisis, pero que se extiende a otros planos como el desarrollo de las fuerzas productivas, el declive estadounidense o el conflicto de bloques. Como tal planteamiento ecléctico y “*con el pretexto de delimitar la realidad en sus dimensiones concretas*” (ibídem: 558), pretende conciliar el análisis marxista con explicaciones *ad hoc* en cada caso. En esta cuestión de los ciclos u ondas de largo plazo, dicha conciliación, imposible, puede resumirse así:

Las tesis de Kondratieff plantean dos tipos de problemas diferentes. Por un lado se trata de saber si el movimiento histórico de la acumulación capitalista conoce períodos de tiempo más o menos largos que se puedan diferenciar entre sí por el aumento o disminución del ritmo de ese movimiento. Por otro lado, se trata de saber si ese movimiento es cíclico o no. Mientras Kondratieff responde afirmativamente a ambas cuestiones, Trotsky contesta sí a la primera y no a la segunda. Mandel pretende estar de acuerdo con ambos, y Day subraya la imposibilidad de la posición de Mandel (Izquierdo en VVAA, 1979: 28-29).

Este subrayado de Day es totalmente clarificador...

La descripción de Mandel de la “dinámica interna” de las revoluciones tecnológicas sugiere la presencia de algún tipo de ritmo [de los grandes ciclos]; sin embargo, también está de acuerdo con Trotsky en que los factores sociales y políticos impiden que los grandes ciclos exhiban una “necesidad natural”. Para superar esta última dificultad, evita la referencia a los grandes ciclos –que implican movimiento rítmico– y, en su lugar, habla de “ondas largas con una tónica de expansión” y “ondas largas con tónica de estancamiento”. Pero el problema de esta terminología es que lleva directamente a la esencia del debate Trotsky-Kondratieff. En el empleo por Kondratieff del término “onda”, dos de ellas constituyen

un ciclo. Además, el término “onda” sigue implicando una norma teórica en relación con las oscilaciones que pueden diferenciarse (Day, 1977 en VVAA, 1979: 222).

...poniendo de relieve la incompatibilidad de la formulación de Mandel con el método marxista:

Así, en el análisis final, Mandel se enfrenta con la cuestión del equilibrio del capitalismo, sin darse cuenta de que lo ha hecho (...) En resumen, está de acuerdo con Kondratieff y con Trotsky, algo que lógicamente es imposible. O el capitalismo se desarrolla según una pauta evolutiva continua, en cuyo caso puede hablarse de ciclos, o esa teoría oculta el desarrollo irregular del capitalismo, tal como Trotsky sostenía. Toda la sutileza del mundo será incapaz de superar el hecho básico de que, en la opinión de Trotsky, las ondas largas –o los grandes ciclos– son incompatibles con una periodización marxista de la historia del capitalismo (ibídem: 222).

En resumen:

El error de comprensión de Trotsky, por parte de Mandel, puede ilustrarse, además, por su referencia a George Garvy, que muy adecuadamente concluyó que Trotsky negaba el carácter cíclico de las fluctuaciones a largo plazo. En *Late Capitalism* [publicado en castellano como “El capitalismo tardío”], Mandel sugiere que las conclusiones de Garvy eran “no muy precisas”; es decir, Garvy descubrió una simple dificultad semántica que, si se sigue, reduciría la cuestión a una “disputa sin objetivo, al igual que las diferencias semánticas entre ciclos, ‘ondas largas’, ‘períodos largos’ y ‘grandes segmentos de la curva del desarrollo capitalista’. Lo que a Mandel le parece una simple diferencia semántica, constituye en realidad el verdadero meollo del debate Trotsky-Kondratieff (Day, 1977 en VVAA, 1979: 219).

La incompatibilidad entre el método marxista y la teoría de los ciclos u ondas largas, que plantean Kondratieff y Mandel entre otros, se ilustra bien con el debate que había tenido lugar en los primeros decenios del siglo XX, por parte de algunos de los principales teóricos del movimiento obrero. Ya en 1899 Eduard Bernstein había presentado su posición revisionista del planteamiento marxista, rechazando la inevitabilidad de una sucesión de crisis profundas y de gravedad creciente:

Como no se han visto señales de un crack económico mundial de inaudita violencia, así tampoco podemos decir que los períodos de recuperación ocurridos (...) hayan sido particularmente efímeros (...) si de la expansión geográficamente intensa del comercio mundial, unida a la extraordinaria reducción del tiempo requerido para las informaciones y los transportes, no han aumentado hasta tal punto las posibilidades de *compensación* de los desequilibrios, y si el enorme aumento de la riqueza de los estados industriales europeos, unido a la elasticidad del sistema crediticio moderno y al nacimiento de los cárteles industriales, no han restringido de tal modo la *capacidad de reacción* de los desequilibrios locales o particulares sobre la situación general de los negocios, como para que

sea necesario considerar altamente improbable, al menos durante un período bastante largo, la posibilidad de crisis económicas del tipo de las precedentes²³⁹.

Para Bernstein, contrariamente al análisis marxista, las crisis generales pueden evitarse:

El esquema de las crisis, en o para Marx, no era una imagen del futuro, sino un cuadro del presente, del cual se esperaba únicamente que en el futuro se presentara bajo formas siempre más agudas y macroscópicas (...) Excepto que se produzcan sucesos *externos* e imprevistos que provoquen una crisis general –y, como vimos, esto es siempre posible, no hay razón suficiente para deducir, en base a motivos puramente económicos, que tal crisis sea inminente. Los fenómenos de depresión de carácter local y parcial, son inevitables; en cambio, no lo es una paralización general, dada la organización y extensión actual del mercado internacional y dada especialmente la expansión *de la producción de medios de subsistencia*. Este último fenómeno tiene importancia particular para nuestro problema. Quizás nada haya contribuido tanto a atenuar las crisis económicas o a impedir su agravamiento como el derrumbe de los réditos y de los precios de los medios de subsistencia²⁴⁰.

En 1902, Kautsky se había opuesto a esta posición de Bernstein, sosteniendo que las crisis tendían a ser cada vez más graves y el capitalismo se dirigía a un estado de depresión crónica. Sin embargo, veinticinco años más tarde, en 1927, cambia totalmente su posición en *La concepción materialista de la historia*, defendiendo que no hay base alguna para plantear que el capitalismo tienda a constituirse en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas (Gill, 1979: 367-368). Paradójicamente, lo sostiene partiendo de la frase de Marx del *Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, en el que afirma:

una formación social jamás parece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad (Marx, 1859: 5).

Pero Kautsky defiende que esa afirmación no se aplica al capitalismo, que sí es capaz de seguir expandiendo siempre las fuerzas productivas, a diferencia de sociedades anteriores, las cuales:

en el momento de su declive no eran ya capaces de soportar ningún desarrollo de las fuerzas productivas, poniendo trabas a cualquier nuevo desarrollo... el capitalismo industrial conduce a una expansión siempre más tempestuosa de las fuerzas productivas (tomado de Boisgontier, 1971: 287).

Esto significa que Kautsky había derivado a una posición idealista: para él, la superación del capitalismo no sería ya una necesidad, resultado de su agotamiento histórico, sino el producto de una decisión política. Así, en referencia a la Primera Guerra Mundial alega:

239. Bernstein, Eduard (1899); *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México, 1982, pág. 172.

240. *Ibidem*: 176 y 182.

Pero el capitalismo no se ha hundido. Resultó que su elasticidad, su capacidad de adaptación a una nueva situación eran mucho más fuertes que sus puntos sensibles. Ha sufrido la prueba de fuego de la guerra y hoy es, desde el punto de vista puramente económico, más sólido que nunca... Hace treinta años yo consideraba las crisis crónicas. Después, el capitalismo ha sufrido tantas crisis... y ha salido de ellas tan bien, que parece económicamente hablando más viable que hace medio siglo (ibídem: 287).

El texto de Kautsky no es premonitorio: data de 1927, justo dos años antes del estallido de la llamada crisis del 29. En el mismo período, la Internacional Comunista dirigida por Lenin mantenía la posición de rechazo a la hipótesis de un desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas bajo el orden burgués:

La economía capitalista se encuentra en un punto muerto. Las fuerzas productivas no pueden desarrollarse más en el marco del régimen capitalista (...) La nueva clase ascendente, la clase de los verdaderos productores, debe, de acuerdo a las leyes del desarrollo económico, tomar en sus manos el aparato de producción y crear las nuevas formas económicas. Solamente así se podrá dar su desarrollo máximo a las fuerzas productivas a las que la anarquía de la producción capitalista impide dar todo el rendimiento del que son capaces²⁴¹.

Por su parte, Trotsky, en el *Programa de transición* aprobado en la constitución de la Cuarta Internacional en septiembre de 1938, plantea expresamente que “*las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer*”. Afirmar que han dejado de crecer no equivale a sostener que vaya a producirse una deriva gradual de declive de la acumulación capitalista, lo que chocaría con el análisis dialéctico y la propia culminación teórica de *El Capital*, la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia. El supuesto determinismo económico del que a menudo se acusa al marxismo no se corresponde con el contenido real de este método de análisis, que no establece de forma indiscutible lo que va a suceder (una caída regular y sostenida de la rentabilidad que haga implosionar el capitalismo), pero sí lo que en modo alguno puede suceder (que el capitalismo pueda impulsar ilimitadamente nuevos procesos de desarrollo de las fuerzas productivas).

De hecho, el propio Trotsky habla de flujos y reflujos para describir el comportamiento de la acumulación capitalista encuadrada históricamente en su período imperialista. Como explica Gill (1979: 372-373),

la tendencia general del capitalismo en la época de su declive, la del bloqueo de las fuerzas productivas, que caracteriza el régimen “*a escala de una época entera*”, no elimina con todo los rasgos específicos de tal situación, las variaciones coyunturales, las condiciones particulares de tal o cual sector o de tal país, en suma las condiciones reales en el interior de las cuales se desarrolla el combate de clase. Por el contrario, estos rasgos particulares, locales, temporales, estos flujos y reflujos, no cambian el sentido de la tendencia general, ni por consiguiente las perspectivas estratégicas que de ella se desprenden.

241. IC (1921); “Tesis para la propaganda entre las mujeres”, *Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste*, pág. 143.

Es el mismo fenómeno que también describía Lenin:

Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias (...). En cuanto a Estados Unidos, el desarrollo económico ha sido durante estos últimos decenios más rápido aún que en Alemania, y, precisamente gracias a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo resaltan con particular relieve (...) De todo lo que llevamos dicho sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante (Lenin, 1916: 496-498).

En efecto, es perfectamente compatible formular la existencia de límites estrictos para el desarrollo de las fuerzas productivas del modo de producción capitalista y, a la vez, defender la posibilidad de los mencionados flujos y reflujos que, por tanto, incluyen fases de crecimiento de la producción en la trayectoria real de la acumulación capitalista. La clave radica en la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia (que *de facto* es la conclusión de *El capital*), que aporta la base para comprender dos claves decisivas: por una parte, que la presión creciente contra la rentabilidad supone finalmente límites infranqueables para el desarrollo de las fuerzas productivas; y por otra parte que, simultáneamente, su carácter tendencial es el marco en el que existen vaivenes e irregularidades. Es decir, el bloqueo al desarrollo de las fuerzas productivas y la existencia de fases de crecimiento y fases de crisis no sólo son dos “fenómenos” compatibles, sino que resultan complementarios, porque el bloqueo mencionado, que establece el marco general de la acumulación capitalista en el estadio imperialista, provoca una huida hacia delante que se expresa en vaivenes en el ritmo de acumulación. Vaivenes que, desde luego, junto a las crisis (reflujos) se expresan también en episodios de crecimiento (flujos).

Si desde el punto de vista teórico el planteamiento de Marx en *El capital* niega toda posibilidad de que el proceso de acumulación capitalista se reproduzca ampliamente de una forma ilimitada, al estar constreñido por el descenso tendencial de la tasa de ganancia (tasa que constituye su único estímulo), en términos empíricos la perspectiva actual refrenda inequívocamente tal imposibilidad. En efecto, tras más de cuarenta años transcurridos desde 1971, por señalar una fecha especialmente simbólica, como ya se ha mostrado en apartados anteriores no se ha materializado siquiera un atisbo real de despliegue de la acumulación capitalista, que realmente tuviera visos reales de mantenimiento en el tiempo y extensión en el espacio.

No es sólo eso. La crisis actual, la devastación económica que provoca de forma directa y la propia respuesta del capital ante ella, espoleando de una manera exponencial la destrucción de fuerzas productivas en todos los planos, muestran de una manera palpable la ausencia de fundamento para avalar la tesis de un posible redespiegue capitalista que relance el desarrollo de las fuerzas productivas. La experiencia reciente en los países de Europa occidental, región mundial donde más lejos se había ido históricamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, es tajante, como se explica con detenimiento en el apartado 4 del capítulo siguiente: previamente al estallido de la crisis ya estaba en marcha un proceso destructivo, que suponía el desmantelamiento de sectores productivos completos y, sobre todo, una desvalorización creciente de la fuerza de trabajo:

Así como el capital tiene una tendencia a *aumentar desmesuradamente las fuerzas productivas*, limita, hace unilateral, etc., a *la principal fuerza productiva, el hombre* mismo; en suma tiene la tendencia a limitar las fuerzas productivas (Marx, 1857-58, I: 376).

Esta destrucción del principal componente de las fuerzas productivas, la fuerza de trabajo, es una exigencia de la acumulación capitalista llegada al punto actual de su trayectoria histórica. La constatación de este hecho es el punto de arranque de este libro y a lo largo de los capítulos se ha justificado dicha exigencia desde la única perspectiva rigurosa, la que aúna la argumentación teórica y su contrastación empírica. La desvalorización de la fuerza de trabajo ha presidido la política económica durante las últimas tres décadas y media (las políticas de ajuste permanente fondomonetarista), cuyo contenido esencial es precisamente éste: el abaratamiento de la mercancía fuerza de trabajo. De la venta de esta mercancía vive la inmensa mayor parte de la población mundial (y cada vez más porque la tasa de proletarianización o asalariación no deja de aumentar²⁴²) y, por tanto, de su precio (vinculado directamente a su valor), dependen sus condiciones de vida. Su empobrecimiento relativo es una exigencia del proceso de acumulación, que se expresa a través del aumento de la tasa de plusvalía, de la explotación. Pero lo que está planteado ahora mismo no es ya ese empobrecimiento relativo, sino un empobrecimiento absoluto, expresión final de la destrucción de fuerzas productivas a la que cada vez con más fuerza desembocan las políticas y actuaciones del capital y sus instituciones.

En efecto, en el plano de la política económica, el ajuste que se impone sistemáticamente desde los primeros ochenta, tratando de responder a la crisis de los setenta, es el marco en el que se desenvuelve una acumulación capitalista que acaba desembocando en una nueva crisis y de un calado mucho mayor: la actual. Y ante la cual la única respuesta por parte del capital es intensificar esa misma orientación, que se trata de extender especialmente en aquellos países en los que históricamente la clase trabajadora ha desplegado sus bastiones más potentes, en particular en Europa. Y las instituciones del capital desplegadas en esta región, que es referente a escala mundial, ya no es sólo que no puedan negarlo, sino que lo explicitan cada vez más abiertamente:

[En Grecia], los salarios en el sector empresarial se han reducido en los últimos trimestres recientes, pero a un ritmo insuficiente para ayudar a recuperar competitividad, también debido a la continuación de la moderación salarial en los principales socios comerciales de Grecia (...) Sin embargo, se espera que las recientes medidas en el mercado de trabajo contribuyan a mayores reducciones en los costes laborales durante los dos próximos años (...) [En España], la reciente reforma del mercado de trabajo permite a las empresas mayor flexibilidad para ajustar salario y empleo a su situación económica específica (...) Se espera que el aumento salarial sea moderado y que, en combinación con la continuidad del fuerte crecimiento de la productividad del trabajo previsto, reduzca aún más los CLU [costes laborales unitarios]. Se espera que el diferencial de inflación con la zona euro sea negativo, dando lugar a una cierta mejora en la competitividad de precios²⁴³.

242. Guerrero, Diego (1999); *La explotación: Trabajo y capital en España (1954-2001)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006, págs. 62-65.

243. Comisión Europea (2012); "European Economic Forecast. Spring 2012", *Commission Staff Working Document*, Directorate-General for Economic and Financial Affairs, Bruselas, págs. 71 y 74.

Son nuevas pruebas de la necesidad acrecentada de una desvalorización de la fuerza de trabajo que impugna las condiciones de vida de la clase obrera y constituye, asimismo, la expresión máxima de la destrucción de fuerzas productivas. Su extensión en el tiempo, mucho más allá del corto y del medio plazo, abunda en invalidar las pretensiones de que el recorrido de la acumulación capitalista en el largo plazo obedece a un comportamiento cíclico.

4.3.2. ¿Desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo del siglo XX o inevitabilidad de una destrucción cada vez mayor?

La categoría teórica “fuerzas productivas” ocupa el lugar central en el análisis del devenir histórico de las sociedades. Cuando se habla de “desarrollo” (o de “desarrollo económico” o “desarrollo económico y social”), asociado a un cambio estructural global que se traduce en una mejora sostenida de las condiciones de vida del conjunto de la población, entonces se está hablando de desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso el contenido de las fuerzas productivas no consiste simplemente en el potencial productivo de una sociedad, expresado en la productividad que se puede obtener de la fuerza de trabajo, de acuerdo a su cualificación y a la disponibilidad de medios de producción con determinado grado de progreso técnico. Va mucho más allá, porque incluye su utilización efectiva en términos precisamente de las condiciones de vida de la población.

Por eso, tal y como se ha explicado en el mencionado apartado 1.1 del capítulo segundo, las fuerzas productivas no son reducibles a un concepto más o un indicador más, definibles con “criterios objetivos precisos”, que simplemente remiten a la dimensión material de los medios de producción y la fuerza de trabajo. Esta concepción puramente “tecnologista” de las fuerzas productivas, como si simplemente fueran la suma de meros objetos o cosas cuantificables de una forma directa, es contraria al planteamiento marxista²⁴⁴:

El análisis marxista no puede ignorar que ninguna categoría económica o social puede reducirse a sus aspectos cuantitativos; que sus aspectos cualitativos son por el contrario determinantes, porque es solamente en ellos donde aparece su carácter contradictorio, la contradicción que funda esta categoría particular y la pone en movimiento. El análisis marxista no parte por tanto de los resultados de ningún análisis estadístico como lo que constituye la realidad empírica de la sociedad, los “**datos de hecho**” (Boisgontier, 1971: 247).

De acuerdo a como se ha explicado en el apartado 3.2 del capítulo primero, la realidad social sólo es comprensible a la luz de un análisis dialéctico, porque su contenido es contradictorio y cambiante, porque no hay relaciones lineales y unívocas entre los hechos que la componen:

El [análisis marxista] procede de las relaciones sociales de producción para analizar la categoría social particular de la que se trata, de la contradicción fundamental del capitalismo para conducir a una de sus determinaciones específicas por la abstracción; solamente reconstruyendo la totalidad concreta que quiere estudiar, ahora comprendida,

244. Boisgontier (1971: 245-248).